



## LA TRAVESÍA DE LOS ANDES EN GLOBO

(Del libro así titulado, recientemente aparecido)

Medalla al mérito, de primera clase, otorgada a Bradley y Zuloaga, por el gobierno de Chile.

El globo, sin embargo, subía lentamente; parecía como si le costara abandonar aquella tierra hospitalaria en la que dejábamos grandes y profundos afectos.

Mi compañero el capitán Zuloaga, sentado sobre la canasta de provisiones y medicamentos, con la barba apoyada sobre la mano, tenía puesto su pensamiento muy lejos sin duda; yo a mí vez apoyado sobre una de las cuerdas de la barquilla miraba sin ver todo aquél espectáculo que desfilaba debajo nuestro. Así seguimos alejándonos rápidamente de Santiago y de la Cordillera cuando al llegar a los 500 metros el globo comenzó a subir en forma vertiginosa y más vertiginosa aún cuan-

to más subímos por lo que aumentaba el volumen del gas y por consiguiente la fuerza ascensional. Un furioso y frío vendaraval de arriba hacia abajo nos azotaba el rostro al ir cortando tan rápidamente la atmósfera y aquello produjo en nosotros una reacción instantánea! Era el comienzo de la visión del triunfo!

Con verdadera ansiedad seguimos la marcha de la aguja del barógrafo que iba trazando una línea casi vertical. A los 4000 metros tomamos rumbo al S. E. dirigiéndonos hacia la Cordillera, con rumbo al histórico cañón de Maipo, mientras bajo nuestro, el ronquido característico de los motores de aeroplano nos indicaban la presencia de varios de ellos que en majestuoso vuelo iban a presentar su saludo a su excelencia el señor presidente de la República de Chile, permitiéndonos gozar de un espectáculo poco común.

Los primeros cerros de la Cordillera parecían hundirse para dejarnos paso, pero mostrándose detrás de ellos el immenso océano de cumbres heladas que parecían desafiar al cielo y que tendríamos que atravesar. El ascenso era cada vez más vertiginoso y el gas, por efecto de la depresión atmosférica, se había dilatado hasta ocupar por completo el volumen del globo, que lo dejaba escapar por su ancho apéndice en una gruesa bocanada que llegaba hasta nosotros. Hubo un instante que tuve tentaciones de ayudar su escape, pues me parecía que la tela se iba a rajuar al no poder resistir la presión interior del gas por no serle suficiente la salida, pero no lo hice por temor que aquello pudiera hacer fracasar nuestro viaje, prefiriendo exponernos a la catástrofe.

Habíamos llegado ya a 6000 metros de altura y sólo en 15 minutos; desde que se inició el ascenso a los 500 metros nuestros organismos no habían sufrido alteración alguna, salvo un pequeño aumento de pulsación. El "Eduardo Newbery" que había vuelto sobre su rumbo cruzaba veloz sobre Santiago enfilando rectamente a la Cordillera en dirección al Este algunos grados al Norte; parecía que íbamos en línea recta al Tupungato que se erguía majestuoso sobre aquél infierno de nieves, destacando su hermosa silueta cónica que se veía coro-

nada por una larga y blanda nubecita.

Un furioso e invisible huracán en medio de la placidez de aquel cielo azul nos impulsaba sobre los picos más altos de la Cordillera y tan fuerte era el viento que siendo la superficie del globo mayor que la de la barquilla, ésta quedaba retrasada en la marcha, formando así un piano inclinado. Con los retoños en la mano esperábamos ansiosamente que el globo quedara sobre los primeros cerros, ocurriendo esto a las 9.25 a. m. que nos internábamos sobre los Andes a una altura de 6500 metros. Yo dejé librada a la imaginación del lector la escena de intensa alegría que se produjo en aquellas soledades del espacio. Una explosión de burras y vivas retumbaron por las montañas... Era nuestro saludo a Santiago que allá abajo dejaba asomar las cúspides de sus campanarios al través de la niebla que la envolvía cual una fina gasa de plata.

Luego nuestras miradas se dirigieron hacia las montañas sobre las cuales cruzábamos y que tan bruscamente habían cambiado el paisaje que momentos antes desfilaba debajo nuestro, verde, risueño, lleno de manifestaciones de vida y que de pronto presentaba un colorido rojizo y de una soledad aterradora, en la que sólo había extraños rumores en su seno.

Nuestro rumbo definitivo era O. 54° S. y avanzábamos rápidamente sobre las regiones completamente cubiertas de nieve que se encontraban ya muy cerca de los primeros cerros, presentando un espectáculo imponente y los grandes macizos cordilleranos que demarcaban la frontera, por efecto de la distancia y de sus grandes alturas, se alzaban hasta el nivel mismo de nuestros ojos, haciéndonos pensar que no teníamos la altura suficiente para sobrepasarlo, pero nos tranquilizaron los altímetros y barómetros registradores que marcaban 7000 metros al llegar al cerro El Pionero de 5.430 metros; sin embargo, creí prudente ascender más para estar siempre fuera del alcance de los remolinos que pudieran formarse en aquellas regiones.

Procedimos primeramente a colocarnos las caretas inhaladoras de oxígeno, pues la rarefacción del aire molestaba ya demasiado y en seguida se empezó a deslastrar paulatinamente el globo.

Mientras tanto estábamos ya en pleno océano de nieve y el espectáculo tomaba cada vez tintes más fantásticos; abismos profundos que parecían no tener fondo, bordeados por picachos gigantescos y añadidos que se alzaban como para detener nuestra marcha se repetían en una sucesión interminable por su número y sus formas, aquel sordo rumor del viento que subía de tono cual el de un mar embravecido; el frío gracial, frío de muerte que entumecía nuestros miembros; la inmensa soledad arriba y abajo, le daba a todo aquello el colorido de uno de esos cuentos de encantamiento y como broche de oro, en medio de aquél cuadro imponente y majestuoso, la infinita pequeñez del hombre triunfante, en la infinita grandeza del espacio.

Las exclamaciones de asombro y los comentarios se repetían sin cesar; todo aquello era verdaderamente maravilloso; daba la impresión de estar contemplando un mundo extraño, sin vida, sobre el cual la muerte hu-



Don Eduardo Bradley, uno de los aeronautas que hizo el memorable viaje, autor del libro.